

SANTA TERESA LA ANTIGUA

La fundación de este monasterio es una de las más tristes historias de la teocracia colonial. Fue un capricho de una monja española de Jesús María, Sor Inés de la Cruz, la cual, no satisfecha en el convento en que vivía, quiso construir uno de carmelitas descalzas. Otras monjas se le unieron y también el indispensable mecenas, que lo fue don Luis de Ribera. Las casas de éste, frente al costado del palacio arzobispal, fueron el principio de la fundación.

Como había muerto dejando por albacea al arzobispo sin declarar que sus bienes serían para las futuras monjas carmelitas, el nuevo príncipe de la Iglesia, don Juan Pérez de la Serna, dio muestras de su mal carácter (después las daría peores), cumpliendo sin reticencias la voluntad sólo verbal del testador. Para que los dineros de Ribera resultasen de las monjas se llamó a tres testigos, que declararon que ésa había sido la voluntad del difunto. Los testigos fueron “un sacerdote, una dueña y una negra” (!).

Para fundar el convento era necesario desalojar a los inquilinos de las casas quienes, naturalmente, no quisieron hacerlo. El arzobispo no se anduvo con dudas. Salió una madrugada de su palacio con el Santísimo y se dirigió en procesión a las casas, donde ya un familiar había cohechado a un vecino para que prestase su sala. Se dispuso como capilla y el arzobispo dijo misa. El lugar se consideró consagrado y se dio orden a los criados “de que unos con campanillas y otros a golpes en las puertas de los cuartos despertasen a los vecinos . . .” Don Juan les dijo, cuando muchos de ellos llegaron “atónitos”, que “con la presencia de Cristo en el Sacramento había querido tomar la posesión de aquellas casas que estaban destinadas para un convento y amonestaba a todos los inquilinos de los cuartos de ella que sin omisión o negligencia se mudasen”.²⁵

No fue fácil arrojarlos, pero como dice la propia Sor Inés de la Cruz escribiendo años después sobre este suceso: “Parecía día del juicio, *por ser mucha* la gente que allí vivía, ocupando las tiendas y demás oficinas de la casa, donde vivían muy de asiento con sus

²⁵ *Diccionario de historia y geografía*. México, 1853, t. 5, p. 703.

hijos y mujeres y demás familia, *que le sirvió de recreación al señor arzobispo*, que fue quien nos contó personalmente esta relación que voy escribiendo, *que le causaba risa* ver salir a unos medio desnudos y otros cubiertos con sólo las frazadas y algunos en camisa, dando voces, que no los podían sosegar, tanto que fue necesario enviar por un par de alguaciles; luego les dijo unas palabras consolándolos, con decirles que aquello había convenido hacerlo así para consuelo y bien de la república y que así desocupasen luego las casas, que ya les enviaría indios de la obra de la Iglesia Mayor que les ayudaran . . .” y termina Sor Inés: “y toda aquella gente quedó indignada contra nosotras y era para alabar a Dios las injurias y maldiciones que nos echaban . . .”²⁶

Preferimos no comentar este archiepiscopal despojo que tanta risa le dio al piadoso don Juan de la Serna, porque tememos repetir y aun exagerar, lo que los inquilinos les dijeron a las monjas. Mejor nos felicitamos fervorosamente de que Sor Juana no haya perseverado en una fundación de tan odiosos principios.

El convento permaneció improvisado en esas casas hasta 1684 en que se dedicó la iglesia que hoy existe. Don Felipe de Santoyo, fecundo y atroz poeta, nos describe en verso la iglesia en su libro *Mística Diana*. La parte correspondiente al Coro es la siguiente:

a este le sigue el Coro,
aula de altos ejercicios,
de muchas luces oriente
y a la vista oscuro abismo;
no porque aquestas le falten
sino que un santo retiro
está para con Dios claro
y para el mundo escondido.
Con barandillas se forman
las puertas de granadillo
y cedro, que, a tanto objeto,
halla la vista resquicios.
Después está el Coro bajo,
trono de una imagen rica,
de “la Antigua” titular
de este admirable edificio.

²⁶ *Idem*, y copia antigua del manuscrito de Sor Inés en la Biblioteca de la Universidad de Austin, folios 84 y 85.

En medio de los dos Coros
un lienzo está tan al vivo
que, con ser un Cristo muerto,
parece que el pincel dijo:
"En los brazos de mi Madre
muerto estoy, pero me animo
de ella para que los hombres
vivan de su patrocinio."
Cae en los bajos del Coro
aquel penitente circo
donde queda tersa el alma
al eco de los oídos
y aquella mesa opulenta
en que Dios se da a sí mismo,
que eso es Dios, quedando entero,
ser para todos partido . . .

Según parece el Coro alto estaba formado por barandillas de maderas de granadillo y cedro y tal vez así era el abanico, sin olvidar que se ha dicho que el gran mediopunto de pintura de la Asunción que hoy está sobre el cancel de la puerta principal de la Catedral, ocupaba el arco de Santa Teresa, a la manera poblana. En el Coro bajo, arriba de las rejas estaba una pintura de la Piedad. Nada de esto existe ya. Las rejas fueron arrancadas y un muro innoble tapó los arcos. Sólo quedan las solitarias bóvedas y las ventanas de la calle: la del Coro alto rasgada y sin reja; la del Coro bajo intacta, con su reja cuajada de púas, como desafiando a algún indiscreto y audaz transeúnte que quisiera asomarse por ella.

SANTA TERESA LA NUEVA

Quedó tan rica la heredera de los fundadores de Santa Teresa la Antigua, doña Manuela Molina Mosqueira en el siglo y Sor Teresa de Jesús en el claustro, que decidió fundar otro convento carmelitano con el propósito de que pudiesen entrar en él doncellas sin dote. El munificente monasterio de Santa Teresa la Antigua se encargaría de mantener a su filial de Santa Teresa la Nueva. Sor Teresa de Jesús, sintiéndose como su homónima de España, la santa grande, quiso ser fundadora y lo logró. Carlos II, rey, y Cle-